



Los Discípulos del Diablo

EL
CÍRCULO ÍNTIMO
DE
HITLER

ANTHONY READ

OCEANO

ANTHONY READ

**Los discípulos
del diablo**

**El círculo íntimo
de Hitler**

OCEANO

Para Rosemary,
con eterno amor y gratitud

Prólogo

Lo llamaban ASHCAN, sardónicas siglas del Allied Supreme Headquarters Centre for Axis Nationals. En él, en mayo de 1945, estadounidenses y británicos, vencedores de la segunda guerra mundial, juntaron y vaciaron lo que quedaba del mando del Tercer Reich de Hitler: cincuenta y dos políticos, comandantes militares y altos funcionarios diversos, para ser interrogados, investigados y preparados para enjuiciarlos en Nuremberg, como criminales de guerra.

El ASHCAN estaba instalado en el Palace Hotel de Mondorf-les-Bains, elegante ciudad balnearia de calles arboladas y tranquilas en torno a un cuidado parque público, entre los bosques y viñedos del sinuoso sureste del ducado de Luxemburgo. Un arroyuelo en el flanco sur de la ciudad señalaba la frontera con Francia; la frontera con Alemania se hallaba a unos seis kilómetros al este, en el paso del río Mosela. El Palace era el principal entre la docena de hoteles de la ciudad, erigido en lo alto de amplios parques y jardines. Era un edificio ordinario de ocho pisos, los dos últimos con mansardas; sus dos alas formaban una V somera, y sus pálidas paredes estucadas se animaban con paneles art déco, muy lejos de los chillantes esplendores del Reich.

En tiempos de paz, el Palace atendía discretamente a acaudalados visitantes en busca de alivio al reumatismo y afecciones del hígado, en los dos manantiales de aguas termales de la ciudad. Pero en mayo de 1945, los finos acabados y accesorios —candelabros, tapetes y cortinas, el cómodo mobiliario— habían desaparecido. En las habitaciones, catres plegadizos sin almohadas, colchonetas rellenas de paja y ásperas cobijas militares remplazaban a las con-

fortables camas y colchones de resortes. Los únicos muebles adicionales en cada cuarto eran una dura silla recta y una endeble mesa, diseñada para desplomarse de inmediato bajo el peso de un hombre, a fin de frustrar todo intento de suicidio. Los vidrios de las ventanas habían sido reemplazados, primero por tela de alambre y luego por acrílico Perspex inastillable y barras de metal. No había focos ni electricidad en los cuartos, ni espejos, ni cerraduras en las puertas, aunque se había abierto un agujero en cada una para permitir a los guardias asomarse en cualquier momento. Afuera, una pista privada de aterrizaje se extendía en los jardines, rodeados por una cerca de alambre de púas con sistema eléctrico de alarma y cuatro torres de vigilancia equipadas con ametralladoras y reflectores, más para la protección de los prisioneros que para impedir su fuga.¹

Los estadounidenses que requisaron el hotel no habían dejado a la suerte la seguridad de sus huéspedes, pero les pusieron muy en claro que su condición había cambiado en forma abrupta, y permanente. Apenas días atrás, esos visitantes habrían exigido todos los lujos que el hotel pudiera ofrecer. Durante años se habían atascado de poder, posición y privilegios. Ahora estaban reducidos a cáscaras vacías, algunos de manera lastimosa, otros adoptando poses mientras se aferraban a sus ilusiones, prendidos de los últimos residuos de autoridad.

Desde el momento en que llegaban, los prisioneros eran sometidos a humillaciones, empezando por una inspección física íntima a cargo de un médico carcelario. Les quitaban la ropa, la cual era minuciosamente examinada para buscar cápsulas con veneno o armas suicidas, que solían descubrirse cosidas a uniformes u ocultas en tacones de zapatos. Todos los objetos punzocortantes eran confiscados, entre ellos alfileres de medallas, insignias y distintivos de rango; también lo eran agujetas, cinturones, tirantes, ligas, corbatas, zapatos con casquillos de acero, anteojos y todos los báculos, cayados y bastones de mando, pérdida particularmente resentida por los mariscales de

campo. De cara a tales indignidades, la mayoría de los hombres —porque todos eran varones, habiendo sido restringidas las mujeres a papeles de apoyo en la ideología nazi— se veían en dificultades para mantener cierto decoro, y más aún la altivez, que se había convertido en su segunda naturaleza en los doce años previos.²

El primer nazi importante en llegar fue Arthur Seyss-Inquart, alto y delgado, cojeando pesadamente de la pierna izquierda a causa de una herida sufrida durante la primera guerra mundial, cuando fue oficial del ejército austriaco. A sus captores se les dificultó creer que ese hombre que miraba sin interés en torno suyo a través de gruesos anteojos hubiera ejercido a lo largo de siete años el poder de vida o muerte sobre millones. Seyss-Inquart fue quien, en 1938, como ministro del Interior en Viena, entregó Austria a Hitler en charola de plata al abrir la frontera al ejército alemán. Soltó así a cuarenta mil agentes de policía y de los batallones de la muerte de la SS contra los trescientos mil judíos de ese país, y ofreció un antiguo palacio de los Rothschild como centro de operaciones para Adolf Eichmann y su "Oficina Central de Emigración Judía". Tras un año como gobernador de Austria, fue vicegobernador general de Polonia, y más tarde, desde mayo de 1940, comisario en los Países Bajos, donde durante los cinco años siguientes fue responsable de decenas de miles de deportaciones a campos de concentración, incontables ejecuciones sumarias y, en las últimas semanas de la guerra, la muerte por inanición de al menos dieciséis mil holandeses.

A Seyss-Inquart le siguió Hans Frank, llegado en una ambulancia del ejército estadounidense, "un lamentable despojo humano" en condiciones aún graves tras haberse cortado venas y garganta en un intento de suicidio.³ De entonces cuarenta y cinco años de edad y ralo cabello oscuro, Frank se había afiliado al DAP (Partido Obrero Alemán), precursor de los nacionalsocialistas, cuando tenía diecinueve y estudiaba leyes en Munich; se hizo miembro de la SA en 1923, y marchó detrás de Hitler en el fracasado *Putsch* [gol-

pe de Estado] del 9 de noviembre. Después fue asesor legal y principal jurista del partido, y ganó renombre como abogado defensor de militantes acusados de delitos penales y civiles antes de que Hitler llegara al poder. También fue abogado personal de Hitler. A partir de 1933 fue responsable de transformar el sistema legal alemán para adecuarlo al nacionalsocialismo. Pese a su culpabilidad en incontables casos de perversión de la justicia, habría podido escapar al juicio como importante criminal de guerra si no se le hubiera nombrado gobernador general de Polonia en octubre de 1939.

Las órdenes de Hitler a Frank, al nombrarlo su virrey, fueron inequívocas: debía "asumir la administración de los territorios conquistados, con la orden especial de explotar despiadadamente esa región como zona de guerra y país botín, para, por así decirlo, reducirlo a escombros en su estructura económica, social, cultural y política".⁴ Gobernando como un déspota oriental desde el espléndido Castillo de Cracovia, Frank cumplió de sobra sus instrucciones, y convirtió su feudo en el territorio ocupado más teñido de sangre, con la posible excepción del oeste de la Unión Soviética bajo el atento cuidado de Alfred Rosenberg. Básicamente inseguro, y con su autoridad amenazada por la constante lucha de poder con la SS, Frank compensó su debilidad con una brutalidad exagerada. Supervisó la masacre de la *intelligentsia* polaca, despachó al Reich cientos de miles de trabajadores esclavos y aportó los centros de varios de los más infames campos de exterminio, como Auschwitz, Treblinka y Sobibor, proclamando que su misión era "librar a Polonia de piojos y judíos".

Pese a tener las manos manchadas de sangre, hombres como Seyss-Inquart y Frank no estaban en la primera línea de la jefatura nazi. Eran, en esencia, funcionarios; nunca estuvieron entre los promotores y agitadores del partido en el más alto nivel, los cuales formaban el círculo íntimo de Hitler. Este minúsculo grupo, que en ningún momento contó con más de media docena de miembros, disfrutaba de la

exclusiva confianza de Hitler; sus integrantes eran los únicos que ejercían influencia sobre él, o que podían instigar decisiones políticas. Sólo ellos tenían autoridad para interpretar los deseos de Hitler —los que, salvo en la esfera militar durante la guerra, eran usualmente expresados en los términos más vagos y generales—, y para ponerlos en práctica como lo creyeran conveniente. Ésta era la base de su poder. Pero también era su mayor deficiencia, porque cada cual dependía por entero del favor de Hitler, el que podía serle retirado en cualquier momento y por el que continuamente se le instaba a competir. En consecuencia, era inevitable que todos buscaran aprobación demostrándose que, por decirlo así, eran más católicos que el papa, tanto de palabra como de obra. Cada cual se esmeraba en superar a los demás en brutalidad —que Hitler decía admirar—, la virulencia de su antisemitismo y su absoluto compromiso con la causa. De esta forma, su rivalidad se hallaba en la raíz de muchos de los peores excesos de la política nazi.

Hitler, por supuesto, no sólo estaba al tanto de esa rivalidad, sino que la alentaba activamente, fomentando una constante inseguridad y desconfianza mutua entre sus lugartenientes. El antiguo principio de "divide y vencerás" era un elemento esencial de su *modus operandi*: un poco de competencia sana es inevitable entre políticos ambiciosos; pero mientras que un líder democrático podría tratar de crear armonía entre sus subordinados inmediatos a fin de facilitar el consenso, un dictador necesita disensión, para impedir que los suyos se unan para derrocarlo. Aunque, en general, siempre estaban prestos a cerrar filas de cara a una amenaza externa, cada miembro del círculo íntimo de Hitler debía su lealtad únicamente al Führer. Cada cual a su manera estaba enamorado de él, profunda y totalmente embobado con él, desesperado por complacerlo y sumamente celoso de la atención que concedía a los demás pretendientes.

Hermann Göring, en otras circunstancias extremadamente exaltado, se veía reducido a indefenso suplicante en presencia de Hitler. En los primeros días del partido confe-

só al banquero Hjalmar Schacht: "Cada vez que estoy ante el Führer, se me caen los calzones de miedo". Y cuando los nazis tomaron el poder en 1933 declaró: "Ningún título o distinción puede hacerme tan feliz como la designación que me ha otorgado el pueblo alemán: 'El más fiel paladín del Führer'".

Joseph Goebbels fue casi literalmente seducido por Hitler, quien aplicó en él toda la fuerza de su encanto para arrebatárselo de la fastidiosa ala izquierda del partido, en 1925. En la entrada de su diario del 6 de noviembre, Goebbels registró el impacto de su primer encuentro: "Vamos en auto a ver a Hitler. Está comiendo. Se para de un salto, y helo allí. Estrecha mi mano. Como un viejo amigo. Y esos grandes ojos azules. Como estrellas. Le alegra recibirme. Yo estoy en el cielo. Ese hombre tiene todo para ser un rey. Un tribuno de cepa. El próximo dictador".⁵ Diecisiete días después, el 23 de noviembre, la conquista era absoluta: "Hitler está ahí. Dicha inmensa. Me saluda como un viejo amigo. Y me sigue con la mirada. ¡Cuánto lo quiero! ¡Qué gran hombre! Entonces habla. ¡Qué pequeño soy! Me regala su fotografía. Con un saludo para Renania. *Heil* [Salve] Hitler! Quiero que Hitler sea mi amigo. Su fotografía reposa en mi escritorio".⁶ Para mediados de febrero de 1926, la adulación extrema se había convertido en adoración personal: "Adolf Hitler, yo lo amo".

A Heinrich Himmler también le agradaban las fotografías de su Führer. Mientras trabajaba incansablemente para el partido en la decisiva zona rural de la Alta Baviera, mucho antes de llegar a la prominencia nacional, regularmente se le veía sostener conversaciones en voz baja con un retrato de Hitler dispuesto en la pared de su oficina. En 1929 le dijo a su amigo Otto Strasser: "Haría cualquier cosa por él. Créeme: si Hitler me ordenara matar a mi madre, lo haría, y me sentiría honrado por su confianza".⁷ Strasser fue, por cierto, uno de los pocos miembros del partido inmunes al hechizo de Hitler, al que, sin embargo, conocía muy bien:

creía que Hitler poseía los poderes psíquicos de un médium.⁸

Göring, Goebbels y Himmler fueron los tres miembros más importantes del círculo íntimo de Hitler durante la mayor parte del periodo de este último en el poder. A lo largo de doce años se asediaron unos a otros con cautela, los ojos ávidamente puestos en el premio mayor: la sucesión. Ahora, la contienda por fin había terminado: Goebbels había sucedido a Hitler como canciller del Reich apenas cuarenta y dos horas antes de seguir su ejemplo y quitarse la vida en las ruinas del búnker del Führer; Himmler también se había suicidado, luego de ser capturado por los británicos; el único que quedaba era Göring. Él era, al fin, el indiscutible número uno en la jerarquía nazi.

Cuando Göring llegó al ASHCAN el 20 de mayo, el abismo entre él y los demás nazis, de rango inferior al suyo, fue obvio de inmediato. Mientras que la mayoría había ingresado al cautiverio luciendo abatida y recelosa, el mariscal del Reich irrumpió con aplomo, reluciente en un immaculado uniforme gris perla. Se había barnizado las uñas de las manos —lo mismo que las de los pies, como se descubrió cuando se le desvistió para examinarlo. Llevaba consigo un juego azul de dieciséis maletas monogramadas de piel, una sombrero roja y a su valet, Robert Kropp.

Una de esas valijas contenía alrededor de veinte mil tabletas blancas, las cuales resultaron ser de paracodeína, derivado suave de la morfina con grado de concentración de 1/6, provisión más que suficiente para las necesidades de Göring, quien acostumbraba tomar veinte de ellas cada mañana y noche. Aquéllas eran, de hecho, las existencias totales de esa sustancia en Alemania, y en realidad del mundo entero, ya que entonces no era posible conseguirla en ninguna otra parte. También se descubrió una lata de Nescafé, en la que los inspectores encontraron un cartucho de latón de 9 mm con una ampolleta que contenía cianuro suficiente para matar a diez hombres. Una segunda ampo-

lleta se halló cosida en uno de los muchos uniformes que llenaban casi todas las maletas restantes.

Göring había previsto un confinamiento confortable, digno de su categoría como oficial del más alto rango en el mundo y sucesor de Hitler como Führer de Alemania. Supuso que sostendría conversaciones con el general Eisenhower y los demás líderes aliados, y había llevado trajes suficientes para presentarse a tales ocasiones en lo que consideraba el estilo apropiado. Había logrado refrenarse de llevar consigo los recipientes de diamantes que gustaba pasarse por los dedos en momentos de tensión, así como algunos hombres juegan con "cuentas para aliviar la ansiedad", pero portaba un buen número de efectos personales que evidentemente creía esenciales. Fue un duro golpe para él que el entrometido comandante del ASHCAN, el coronel Burton C. Andrus, se los quitara todos y los guardara bajo llave en la sala de armas.

Andrus hizo un detallado inventario de esos valiosos objetos. Éste se lee como el catálogo de una joyería:

- 1 distintivo de oro de la Luftwaffe [Fuerza Aérea]
- 1 distintivo de oro de la Luftwaffe con diamantes
- 1 reloj de mesa
- 1 reloj de viaje Movado
- 1 neceser grande
- 1 cigarrera de oro, con incrustaciones de amatista y el monograma del príncipe Pablo de Yugoslavia
- 1 pastillero de plata
- 1 purera de oro y terciopelo
- 1 reloj cuadrado Cartier, con engarces de diamantes
- 1 cadena de oro, lápiz de oro y cortaplumas
- 3 llaves
- 1 anillo de esmeraldas
- 1 anillo de diamantes
- 1 anillo de rubíes
- 4 distintivos con piedras semipreciosas
- 1 águila pequeña con abrazaderas de diamantes
- 1 distintivo de la aviación militar con diamantes

- 4 mancuernillas con piedras semipreciosas
- 1 prendedor de oro (rama de laurel)
- 1 fistol con perlas
- 1 fistol de oro con una cruz gamada de esquirlas de diamantes
- 1 leontina (de platino, ónices y diamantes con incrustaciones de insignias de la aviación militar)
- 1 sello personal (en plata)
- 1 reloj pequeño con engarces de diamantes artificiales
- 1 medalla *Pour le Mérite*
- 1 Cruz de Hierro, clase I, 1914
- 1 Gross Kreuz [Gran Cruz]
- 1 encendedor de oro
- 1 reloj de pulsera
- 2 botonaduras nórdicas para cuello
- 1 brújula de latón
- 1 pluma fuente con la inscripción "Hermann Göring"
- 1 cortapuros de plata
- 1 broche
- 1 reloj de plata
- 1 juego de distintivos de lapislázuli para puños
- 1 caja de plata, en forma de corazón
- 1 Cruz de Hierro de platino
- 1 lápiz dorado
- 1 reloj de pulsera suizo grande
- 81, 268 Reichsmark [marcos del Reich]⁹

Durante dos días, pese a que había sido privado de sus preciadas condecoraciones, Göring se deleitó en su incuestionable liderazgo sobre los demás prisioneros del ASHCAN. Luego, el 23 de mayo, vio peligrar de súbito su posición por el arribo de otro grupo que incluía al gran almirante Dönitz, nombrado por Hitler presidente del Reich, y a Albert Speer, otrora arquitecto y ministro de Armamentos, de cuarenta años de edad, que había formado parte del círculo íntimo desde 1942. Speer había sido el benjamín de Hitler, con quien disfrutó de una relación personal particularmente estrecha; aunque entró tarde a la carrera, fue un fir-

me contendiente por la sucesión. En la segunda mitad de la guerra había asumido asimismo muchas áreas de responsabilidad de Göring, erosionando sostenidamente así la base de poder de éste y reduciendo su autoridad. A Göring no le dio gusto verlo.

Para el fin de la guerra, Speer se había decepcionado de Hitler y el régimen y no tenía ningún interés en disputar una posición carente de sentido; lo único que le importaba era salvar el pellejo, demostrando que nunca había sido un nazi recalcitrante ni responsable de atrocidades. Permaneció en el ASHCAN sólo dos semanas antes de que se trasladara al cuartel general de Eisenhower en Versalles y luego al DUSTBIN, centro para el interrogatorio de técnicos y científicos dirigido por los británicos cerca de Francfort.

Speer quizá no haya representado ninguna amenaza para la supremacía de Göring, pero Dönitz tenía plena conciencia del estatus: aunque Göring lo excedía en rango militar, él estaba resuelto a ejercer su autoridad como jefe de Estado legítimamente designado. El coronel Andrus lo describió como "imperioso", y dijo que "nos tenía en menos a todos, estadounidenses y demás prisioneros por igual".¹⁰ Desde luego tenía en menos a Göring, cuya autocomplacencia y poco marcial ostentación detestaba. Göring, por su parte, se negó a reconocer la posición de Dönitz o su derecho a ella: el almirante no había desempeñado el menor papel en la dirección política del Reich, ni en la lucha del partido nazi por el poder, en tanto que él había estado en el corazón mismo de ambas y durante varios años había sido el sucesor nominado de Hitler. Göring juzgaba inválido el hecho de que se le hubiera desheredado de último minuto, resultado de la maquiavélica manipulación de Hitler por su enemigo jurado en el círculo íntimo, Martin Bormann, con el auxilio de Goebbels, Himmler y Ribbentrop.

Bormann había desaparecido —nadie sabía entonces que en realidad yacía muerto en los escombros de la estación ferroviaria Lehrter de Berlín, habiendo tomado cianuro tras ser herido por tropas soviéticas mientras intentaba es-

capar—, así que ya no era una amenaza para Göring. El único sobreviviente adicional del círculo íntimo era el exministro del Exterior, Joachim von Ribbentrop, quien fue conducido al ASHCAN el 15 de junio. Pero Ribbentrop nunca había sido un contendiente serio. Su lugar en el círculo íntimo siempre fue dudoso, sólo atribuible a su puesto y la influencia que podía ejercer sobre Hitler en asuntos de política exterior. Los demás siempre lo consideraron un extraño. Ahora era un desastre total, falto de toda dignidad e incapaz incluso de la pomposidad que había sido su sello de marca, y se encontraba en una condición suicida. En marcado contraste con la impresionante colección de Göring, la lista de sus objetos de valor constó simplemente de un reloj Longines y 24,410 *Reichsmark*.

Sin ningún otro antiguo líder con quien contender, Dönitz era entonces el único competidor de Göring. Como era de esperar, el mariscal del Reich no pudo resistirse a participar en una estrambótica batalla por la precedencia, reto que el gran almirante aceptó con desdén. Sus carceleros estadounidenses veían las bufonadas de ambos con incredulidad, hasta que se declaró una precaria tregua: se convino tácitamente en que ambos evitarían llegar a cualquier sitio al mismo tiempo, mientras que el comedor se reordenó para que cada cual pudiese presidir en la cabecera de una mesa principal distinta. Aun así, las insolencias continuaron. Speer recordaría más tarde que un día Göring se quejó ruidosamente en la comida de que había sufrido más que nadie, porque había tenido mucho más que perder, tras de lo cual Dönitz, sentado de espaldas a Speer, comentó a su vecino: “¡Sí, pero todo robado!”.¹¹

Cuando llegaron a Nuremberg y comenzó el juicio, se esfumó todo dilema sobre quién era el número uno: el nombre de Göring era el primero en la lista de las acusaciones, y el de Dönitz apenas el decimocuarto de veinticuatro. Sin duda, Göring se sintió aún más halagado al advertir que, aunque Hess era el segundo y Ribbentrop el tercero, el ausente Bormann estaba más abajo, en el puesto dieci-

nueve, y Speer más todavía, en el veintidós. En la sala del tribunal se les sentó en estricto orden de acusación, lo que otorgó a Göring el mejor lugar y la posibilidad de lucirse. El coronel Andrus, quien había notado en el ASHCAN que Göring “nunca desaprovechaba la oportunidad de envanecerse”, observó con interés su desempeño. “Desde los primeros minutos”, recordaría luego, “Göring acometió la extrovertida, ostentosa actuación que mantendría a todo lo largo del juicio. Se acomodó con un rechoncho brazo alargado tras su esbelto vecino, Hess, apoyando el otro codo en el borde del banquillo. Luego se inclinó hacia delante, los codos sobre la barrera de madera frente a él, una mueca cruzando su enorme rostro”.¹²

El juez suplente de Gran Bretaña en el tribunal, sir Norman (más tarde lord) Birkett, apuntó: “Göring fue quien realmente dominó las sesiones, y eso, de modo harto notable, sin haber pronunciado una sola palabra en público hasta el momento en que subió al estrado. Esto es, en sí mismo, una muy notable proeza, e ilumina gran parte de lo que había permanecido oscuro en los últimos años [...] Al parecer, nadie estaba del todo preparado para su inmensa habilidad y conocimiento [...]” Con renuente admiración, la descripción de Birkett sobre Göring proseguía: “Elegante, astuto, diestro, competente, ingenioso, vio rápidamente los elementos de la situación; y conforme su confianza en sí mismo aumentaba, su maestría se hacía más evidente”.¹³

La maestría de Göring en la sala del tribunal no fue suficiente para salvarlo de la pena de muerte. Pero confirmó su victoria final en la pugna entre la banda de los hombres más depravados y amorales que el mundo haya visto jamás. Mientras que en el tribunal subrayó que todo lo había hecho para construir una Alemania más grande y no en su beneficio personal, en la privacidad de su celda, Göring confesó a un psiquiatra estadounidense en Nuremberg, el doctor Douglas M. Kelley, que “su motivación básica había sido esa única, incontenible ambición: obtener para Hermann Göring el mando supremo del Tercer Reich”. Al des-